

1

María abraza fuerte a su hijo.

Sentía un inmenso deseo de llorar, y para colmo se reprochaba a sí misma el hecho de estar triste, como si no tuviera ningún derecho a ello.

Se había pasado toda la noche sonriendo en el hermoso café donde trabajaba, porque ése era el único modo que tenía de ganarse la vida, una vida que la había llevado hasta Madrid, de donde, como si se tratara de una cárcel, ya no podía salir.

Habían pasado tantas cosas desde su llegada a aquella ciudad que le parecía que debía haber transcurrido una eternidad desde su primer aterrizaje en Barajas.

Ahora tenía ya treinta y cinco, una mala de edad para una mujer sola y con un hijo.

Diez años hacía que se había ido de Argentina, y sabía que no podía regresar.

En el 2000, cuando las cosas no andaban aún muy mal en su país, en un viaje a Europa con sus amigas, en Venecia, en la plaza de San Marcos...

Aquello que recordaba tan lejano le parecía un sueño, el sueño de su vida, el único, pues el resto semejava más bien una pesadilla, como ahora, que había llegado a casa y se había encontrado con que Miguel tenía fiebre.

Miguel también había sido concebido como una pesadilla el día más trágico que ella podía recordar.

Habían pasado ya siete años, aunque si Miguel no estuviera ahí cada día para recordarle que el tiempo transcurría inexorablemente, podría haber sido ayer.

Al día siguiente su hijo tendría que quedarse solo en casa mientras ella iba a trabajar.

Se le partía el corazón, pero no era fácil salir adelante y menos con una criatura a cuestas.

Las lágrimas se le acumulaban en la garganta formando charcos en los que le parecía que podrían llegar a croar ranas de grandes que eran.

Ese pensamiento la devolvía a su infancia, o quizá a la adolescencia.

La última vez que había escuchado el canto de una rana había sido cuando era virgen y se paseaba de la mano de su primer novio por un parque de Buenos Aires.

Aún podía recordar los nenúfares de aquel estanque.

Sonreía con amargura porque aquel pensamiento la había llevado al libro de Boris Vian y a la tristeza que le había producido su lectura hacía unos meses, cuando aún era invierno, verano en su país, estaba acatarrada, con una congestión que no se le pasaba con nada, y se había imaginado ella misma con un nenúfar en el pecho, respirando con dificultad y muriendo sin remedio.

Sin embargo, con un hijo a su cargo, ni siquiera podía permitirse el lujo de abandonar el mundo, aunque no le importaría.

Se encontraba exhausta y el día siguiente amenazaba agotador.

Tendría que irse a dormir pero no tenía sueño, tan sólo la necesidad imperiosa de solucionar algo que no tenía arreglo.

Maldita la hora en la que había conocido a Marcos en la plaza de San Marcos, en Venecia.

Parecía una burla del destino.

Siempre había querido venir a Europa precisamente para conocer aquel inmenso y bellísimo nenúfar.

Había soñado con encontrar un novio italiano, con vivir una historia de amor sin límites, y entonces había aparecido Marcos.

Pero tras casi cuatro años absolutamente felices, llegó el desastre, y el mal, en forma de dolor, se le había ido prendiendo del pecho hasta consumírsele.

Fuertemente aprieta a su hijo contra su corazón y le besa en la frente, sintiendo el calor abrasador en sus labios.